EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

Dr. Bartolomé Gómez Plana

COLABORADORES:

Excmo. Sr. D. Luis de Luna, Juez de Instrucción.
Ilmo. Sr. D. Sebastián Martínez de Pinillos, Jurisconsulto.
Sr. D. Manuel Guerrero, Catedrático de Filosofía.
Sr. D. Filemón Blázquez, Inspector de 1.ª Enseñanza.
Dr. D. Servando A. de Dios, Publicista.
D. José M. Pérez Sarmiento, Cónsul de Colombia.
D. Enrique Miranda y Sánchez, Alumno de Medicina.

CORRESPONDENCIA: SAGASTA, 12.

SUMARIO

Los ajusticiados, Filemón Blázquez.—*La propiedad y los niños*, M. Siurot.—*Consejos maternos*, Dr. Bartolomé Gómez-Plana.—*Medicina antigua*, Jaime Bonells.—Oro viejo: *La educación de las niñas*, Fenelón.—*Para niños mayores*, V. Medina.—*Varia*.

SUSCRIPCIÓN

En Cádiz: Un mes . . . . . 0'75 ptas.
Fuera : Trimestre . . . . . 3 »

PAGO MENSUAL.

Año IV. Cádiz: Junio de 1924 N.º 39

CÁDIZ: IMP. M. ALVAREZ: FEDUCHY, 20.—TEL. 97

BIBLIOTECA PROVINCIAL CÁDIZ

EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

DR. BARTOLOMÉ GÓMEZ PLANA

PUBLICACIÓN MENSUAL

Año IV | Cádiz: Junio 1924 | Núm. 39

BIBLIOTECA PÚBLICA

Niña de 9 años de edad, en traje de primera Comunión

Los ajusticiados

Van pasando los días, y como en todo lo humano, pasajero, transitorio, fugaz e inconstante, se van perdiendo también aquellas impresiones que una causa como la del crimen del expréso causó en la conciencia popular. Tras la ejecución de los reos, vino una fuerte sensación que tuvo a todos suspensos y meditantes, y ya pocos serán los que se acuerden de ello. Pero antes de que el olvido sea total y la oportunidad se pase, yo quiero aprovecharme cuanto pueda de estas circunstancias para hablar a padres y maestros de educación, de la crianza de los niños.

Era yo muy pequeñín, y mi padre, que sentía su papel de educador cual si fuera un pedagogo, iba derramando en mi alma virgen la sana semilla de las virtudes que él deseaba germinaran en mi corazón. El momento que él había escogido para ejercer su apostolado era apropiado para que la siembra fuera provechosa; edad tierna, momento de descanso, ansias de saber, deseos de escuchar.

Era la hora del Angelus, ese momento solemne, religioso, poético, en que el padre llega del trabajo ansioso de gozar de las delicias del hogar, de las caricias de los hijos, de las ternuras de los pequeñitos, que se sientan esperando un cuento a la par que un beso: a la par que un beso, que les sabe a mieles y les suena a música armoniosa; el atardecer, cuando el día se despide y todo lo que rodea a esta hora es arrobador y bello, desde el regreso de los obreros hasta el toque majestuoso de la campana, congregando en torno del hogar a todos; al niño, que suspende sus juegos para correr presuroso al encuentro del padre, y a la sacerdotisa de él, que murmullando el Ave María enciende el fuego, que en espirales de humo que por la tosca chimenea sale, dá indicios de vida en las casas del lugar.

Ese era el momento elegido por aquel rector de nuestras conciencias para él ejercer su alto ministerio, y que nosotros, sin comprender su importancia, envueltos en el placer que dá el descanso y el bienestar que produce el amor, el cariño y el afecto paternal, recibíamos con sin igual complacencia, pues a más de esa suavidad y dulzura que sentíamos con cuanto nos rodeaba; había el ansia y la espectación que la narración de historíetas, cuentos

y sucedidos, nos causaba. ¡Quién se olvidará nunca de cuanto en estas condiciones le relataran!

Por eso aquel gran mentor, que sabía realizar su cometido con el más elevado ideal, aprovechaba ese solemne momento para ir depositando en nuestros cerebros aquellos principios qne algún día habían de ser eje de nuestra vida, excitando en nuestros corazones aquellos nobles y grandes sentimientos que él tanto deseaba. El vió, sin duda, los perniciosos efectos de una falta de guía, y aleccionado con lo que en la sociedad ocurría, él trataba de prevenir los infortunios y desdichas de la falta de dirección.

No se me olvida lo insistente que era para inculcarnos el odio al tabaco. Y fué tanto el horror que nos produjo una de las narraciones que para tal fin nos dió, que tuvo la satisfacción de ver a sus dos hijos, ya hombres, sin haber contraído tal hábito, siendo él un fumador empedernido, y tal vez por ello, pusiera tanto interés en que no fumáramos.

Pero lo que no se me olvidará: lo que hizo en nosotros hondísima huella, fué aquel afán que tenía porque fuéramos honrados. Su mayor timbre de gloria era la intachable conducta, la hombría de bien, que él extendía toda la familia, a su apellido; manchar el nombre con el deshonor, era para él la mayor desgracia; ¡vestigios de aquel alto concepto que nuestros abuelos tenían de las grandes ideas, de los elevados ideales!

Por eso su rostro se encendía, sus ojos se saltaban cuando, movido del natural horror, él, como león que le arrebatan sus cachorros, veía en la corrompida sociedad un peligro para la rectitud y vida honrada de sus tiernas criaturas.

De ahí que él nos pintara con los más vivos colores las escenas de los ajusticiados, y que se han reverdecido en mí estos días con el relato de la ejecución de esos infelices.

—Murieron en garrote vil—decía con cierto dejo de compasión, dolor y espanto—; garrote vil, que era lo ignominioso, lo vergonzoso, el deshonor de un individuo, de la familia y hasta de un pueblo.

Después, la sociedad del siglo XIX, ¡del siglo de las libertades!, nos fué acostumbrando a la idea de que no había que ajusticiar a nadie, y por eso ya los padres no enseñan esos principios; pero no por ello la sociedad ha sido mejor.

¡Benditas enseñanzas, santa ejemplaridad, sabias disposiciones que preservan a los individuos, a las familias y a la sociedad, de tamañas deshonras y de tan tremendos males.

Aunque no quedara más de esta ejecución que la restauración de aquellos sanos principios de honradez y justicia tan pisoteados y despreciados por la sociedad, ya era bastante. Todos sentíamos a última hora compasión por los reos; pero todos veíamos la necesidad del reinado de la justicia.

Maestros, padres, educadores: ¿habéis sabido aprovechar este desventurado momento para impresionar en las almas vírgenes de vuestros hijos el horror a la deshonra de morir en un cadalso y el odio al vicio, al crimen, a la maldad y al pecado? Si no lo habéis hecho, hacedlo, y llevad a esas criaturas a una vida de perfección y santidad, cou vuestro consejo, y sobre todo con el ejemplo, si no quereis que sean unos desgraciados.

FILEMÓN BLÁZQUEZ

La propiedad y los niños

Los niños tienen de la propiedad el mismo concepto que los romanos... y que las generaciones presentes.

¿De quién es este trompo?

¡Mío, mío! (Hay que ver cómo pronuncian ellos este *mío*).

¿Por qué es tuyo?

Porque lo he comprado.

¿Y *para qué lo quieres?*

¿Para qué lo he de querer? Para jugar con él y romperlo si me da la gana.

Sin querer se acuerda uno del *Jus utendi, fruendi et abutendi.*

Los medios que los niños emplean para defender sus propiedades se resuelven casi siempre en un nuevo conflicto: la pelea.

¡Que esa bola es mía!

¡Pues no, que es mía...!

¿Qué va a ser tuya, tuya?

¡Ya lo creo! Como que yo traía tres bolas y una es esa...

En este instante se procede al nombramiento de un amigable componedor, cada uno con ánimo de no seguir su dictado, si fuere contrario.

¡Felipe, Felipe!... ¿Tú nos has visto jugar a las bolas, a este y a mi?

Sí.

¿Te has fijado bién?

Sí, me he fijado bien.

¿No es verdad que esta bola es mía?

No, esa bola no es tuya, que es de ese.

¡Mira, tú también! ¡De ese, de ese...! ¡Bueno!

¡Como que es de ese...!

Pues mira, si es de ese o no es de ese, a mi bolso... (y se guarda la bola).

(El despojado se echa a llorar en firme, con su poquito de pataleo, manotazo al aire, etc., etc.)

¿Vas a llorar encima, maldita sea...?

El amigable frustrado le dice al que llora: *Chiquito, díceselo a tu padre...!*

¡Y tú qué tienes que ver, vamos a ver?

Me de la gana; ¿te vas enterando?

¿Si, eh? Pues toma... (gañafadas a las narices, mordiscos, patadas, y por último surge el balancín cogiéndose cada uno respectivamente de las dos orejas del contrincante).

¡Maldita propiedad!

Tener derecho a una cosa que dicen que me corresponde, ser mía, guardarla, destruirla, hacer con ella lo que quiera, meterla en producción o no, a mi antojo, aunque haya otras personas que tengan absoluta necesidad de la cosa que yo tengo en improductiva vagancia... Eso, es ser la cosa de mi propiedad... según dicen.

Otrosí, que si la cosa me produce tanto, que me sobra diez veces para mis necesidades, y yo quiero coger las nueve sobrantes y enterrarlas porque esa es mi voluntad, lo hago, y estoy en mi derecho.

¿Han pasado veinte siglos de cristianismo o es que se ha padecido por mí una ilusión, y no estoy aquí con mi tiempo y mi vida, sino que vivo en la antigua Roma y acabo de oir a un jurista en el foro?

Esta propiedad es la que han inventado los hombres después de la *caída original*, esa es la propiedad egoista del pecado, la exclusivista, la intolerable, la anatematizada por Cristo en el Evangelio, la aborrecida por todos los hombres de corazón.

Y ahí la tenéis, viene tan directa de la *caída original* que los niños la llevan amasada con la sangre de sus venas; y cuando saben pronunciar dos palabras, una de ellas es el posesivo *mío*, no como Dios quiere que se pronuncie esa palabra, sino como los romanos querían que se pronunciara.

Hay que trabajar con celo de apóstol y con amores constantes de propagandista incansable para que los niños vayan poco a poco perdiendo esa idea maligna del modo de usar la propiedad. Es preciso restaurar todas las cosas en Cristo, y para ello hay que hacerles cambiar a los hombres el sentido de la ordinaria dirección de sus bienes, haciéndoselo cambiar antes, como es natural, a los niños.

No, no puede un alma cristiana hacerse solidaria de todo el conjunto de iniquidades que produce el concepto pagano y rabiosamente individualista de la propiedad. Conceptuada así la propiedad es un robo, pero no como decía el autor francés, sino un robo que se ha hecho a los santos designios del Creador. Un robo a la Ley de Dios, porque Dios no ha mandado que con la propiedad se haga lo que suele hacerse.

El concepto de la propiedad que hay que injertar en el alma de los pequeños es el siguiente:

El hombre en absoluto no es dueño de nada. Dios es el sólo amo de su obra.

Las cosas han sido creadas en la tierra, en el mar y en el aire para utilidad del hombre. El hombre es el usufructuario de los bienes que posee Dios, le ordena que administre sus riquezas de tal modo, que éstas produzcan todo lo que puedan producir; porque tener los bienes apartados de la producción es derivarlos de los propósitos divinos que van ordenados a que sirvan para la satisfacción de las necesidades de la humanidad.

Dios ha ordenado también que mis riquezas después de satisfacer las necesidades mías y de los míos, deben servir para acallar las de mi prójimo, porque yo ante Dios no soy más que un administrador muy cualificado de mis bienes, pues es bien sabido que propietario en toda la extensión de la palabra, no hay más que uno sólo: El.

Si al aplicar los propietarios sus bienes en los múltiples conceptos a que la vida obliga, obraran ordinariamente con sujeción a esas normas enteramente cristianas, ¿existirían los pavorosos problemas que plantean una lucha a muerte de los que no tienen, a los que tienen?

¿Dónde irían a parar los perniciosos resultados de aquella falsa orientación de la riqueza, si sobre nuestros bienes echáramos un granito de sal del Evangelio?

Así, pues, puedo decir que Dios creó al hombre y le infundió el uso naturalmente cristiano de la propiedad. Sobreviene la caí-

da original y el hombre hace de los bienes el uso que hicieron los griegos, los persas, los romanos, etc. El Evangelio vuelve las cosas a los moldes de Dios, pero en este momento egoísta en que vivimos, los hombres están de nuevo tan diametralmente opuestos a Dios, que hemos vuelto a presentarnos dueños de nuestros bienes con el mismo criterio que un cliente de César y que contratista de las obras de Atenas.

Lo dije en Granada en una célebre asamblea y lo repito aquí: Los católicos, ya que los que no lo son no piensan en ésto, debemos, aun en medio de esta sociedad paganizada, proceder al bautizo de la peseta. Si se medita un poco sobre la *peseta mora* se viene en conocimiento de que entre el bolsillo de un pagano y sus sextercios, entre el bolsillo de un turco y sus piastras y el bolsillo de un cristiano y sus pesetas, existe con cortas diferencias la misma relación moral. Es decir, que nuestro dinero está atacado de paganismo, porque si bien es cierto que hay multitud de bellísimos ejemplos (siempre entre los *apacentados* del Buen Pastor) en que todas las pesetas se han hecho cristianas hasta el sacrificio, no lo es menos, que si al dinero de la gran masa de la sociedad se le sopla con alguna fuerza, empiezan a salirle a las monedas turbantes y chilabas.

Nada, que hay que bautizar la peseta; que hay que hacerla cristiana.

¿Que cómo se bautiza?

Dos palabras y hemos cerrado este capítulo.

Se bautiza:

1.° No dejando improductiva ni una sola peseta, para lo que hay que declararle la guerra al dinero cruzado de brazos.

2.° Montando negocios e industrias donde trabajen muchos pobres y donde ganen el pan muchas familias, siempre que esto sea posible.

3.° Dando participación en las ganancias a los representantes del trabajo en la creación de la riqueza.

4.° Atendiendo honestamente a nuestras necesidades y dedicando el sobrante de las ganancias a la redención de las miserias humanas.

5.° Haciendo todo esto en nombre de Dios, único dueño de todos los bienes presentes, futuros y posibles.

En cuanto a los niños con sus bolas, con sus trompos, con sus sellos, con sus *rompis*, con sus *botones*, con sus dulces, y con todo lo que él llama *mío*, obrad y dirigirlos de tal manera que obten-

gamos el resultado que por la gracia de Dios, obtuve yo cuando se empezó a formar la colección filatélica del Colegio y de que hemos hecho mérito capítulos atrás.

M. Siurot

Consejos maternos

Aunque el tiempo primaveral no deja de cumplir su misión con cambios bruscos de temperatura, fuertes lloviznas, alguna que otra tronada y fuertes vientos, lo cierto es que el verano se adentra a pasos agigantados.

En estos climas templados, lo precoz es el calor, y el frío lo más tardío.

El inconveniente de estos estados intermedios, es que desnivelan y desconciertan el estado de salud: el calor, que resulta excesívo, invita al desabrigo, a buscar en las corrientes de aire a las asfixiantes bocanadas cálidas, a abusar de bebidas frías; y las frescas brisas, con alguna que otra ráfaga helada, corta en flor las expansiones provocadas por el calor, obligando a abrigarse quizás con exceso.

Lo más prudente es seguir el antiguo y conocido adagio

Hasta *cuarenta* de mayo
no te quites el sayo.

Sirvan estas indicaciones de advertencia para que las madres, en el régimen ordinario de vida de sus hijos, no los autoricen al desabrigo ni a los dulces placeres de la gula.

El desabrigo, traerá catarros tenaces, con una particularidad que conviene tener muy presente.

Los catarros bronquiales sencillos, cuando el niño es de buena salud habitual, suelen curarse pronto, bien y sin gran número de precauciones ni de medicinas en esta estación.

Pero estos mismos catarros en niños predispuestos a ellos o que los hayan padecido en el invierno, no sólo se curan más difícilmente, sino que suelen, como se dice vulgarmente, *agarrarse* o traer alguna complicación.

El descuido en el régimen, provoca los temibles catarros intestinales que en los niños causa tantas víctimas en el verano.

Esto, que es muy conocido, se suele olvidar con frecuencia; y para evitarlo, convienen dos cosas: la primera, adaptarse al régimen de alimento menos substancioso y de fácil digestión; y la segunda, no desabrigarse; esto último, cuando se siente calor, difícilmente se soporta: y para evitar en lo posible la gran mortificación de cargarse de ropa sintiendo calor, hay medios preventivos bastante sencillos; y son, acostumbrar al niño a un moderado ejercicio al aire libre cuando el tiempo lo permita; a darle mañana y noche, al levantarse y acostarse, vigorosas fricciones alcohólicas o de rom alcanforado, por la espalda, pecho y piernas; o tener cubierto el vientre con una franela fina, o un fajín ancho de seda, de lisa igualdad, para que no forme pliegues.

Evitad las grasas y salsas; el picante y pescado azul; las bebidas heladas y aromáticas; el vino, aguardiente y licores;el acostarse tarde; los espectáculos cinematográficos, no ya por los asuntos terroríficos o inmorales; la aglomeración de gente, el local cerrado, los ejercicios perniciosos de la masa humana, del local y de las encontradas corrientes, perjudican más que las inclemencias atmosféricas, si no son intensas.

Hay también que ir preparando a los niños para el régimen hidroterápico veraniego: primero, con afusiones calientes; después, irlas enfriando progresivamente, hasta llegar al agua natural, si no hay algún antecedente morboso que lo prohiba.

Esta preparación de régimen, ejercicio, fricciones, afusiones y frotes aromáticos estimulantes, son, con la vida al aire libre, la mejor preparación para los baños de mar: muchos baños, mucho tiempo y mucha natación.

Ya haré sobre este interesante psrticular las convenientes advertencias en el período de los baños; anticipando, que no debe esperarse a julio para bañarse en el mar: desde principios o mediados de *junio*, convienen los baños marinos.

Dr. Bartolomé Gómez-Plana

Medicina antigua

(Continuación)

11 La última razón con que apoyan la preferencia de la leche de los brutos sobre la de mujer es, que con aquella se criarían los hombres más sanos y robustos, y se desarraigarían muchas enfermedades contagiosas que son triste herencia de tantas familias; porque la vida, dicen, igual y tranquila de los brutos, que sin razón y sin pasiones son siempre los mismos, hace que engendren una leche más uniforme, menos dispuesta a alterarse, e incapaz de comunicar muchas dolencias que destruyen la especie humana, y no se conocen entre los irracionales.

12 Esta razón, especiosa a la verdad, pierde desde luego toda su fuerza, si se reduce a hacer cotejo de las ventajas que suponen en la leche de bestias, con las que tiene la de las propias madres. Porque, en este supuesto, se tropieza en primer lugar con los mismos escollos que poniendo los niños en Ama, es a saber la falta de calostros, la analogía de la leche materna con el jugo lácteo del útero, y la proporción con que sola la naturaleza sabe graduar en los pechos de la madre la consistencia de la leche según la edad y fuerzas del niño que la mama. Todas estas circunstancias influyen esencialmente en la salud y robustez de los niños, y es poco menos que imposible hallarlas en la leche de los brutos: luego con ésta se criarían aun menos sanos que con la leche de sus madres. En segundo lugar, ni las pasiones de las madres perjudican siempre a los hijos, ni la vida de los brutos es siempre tan uniforme que no tenga pasiones que la alteren. Las pasiones moderadas en vez de ser nocivas son provechosas; pues vigorizan la fuerza de los vasos, y animan la circulación. Solo las pasiones lentas, como la tristeza, el miedo, la envidia, el rencor, las pesadumbres, son siempre dañosas; pero en éste caso el cuidado y las caricias del hijo sirven a la madre de admirable contrapeso. En el §. 10, acabamos de ver, que las bestias tienen también pasiones violentas; y éstas no son menos capaces en ellas, que en las mujeres, de viciar su leche: dígalo la grande alteración que se repara en la leche de los brutos cuando están en celo.

13 Aunque los animales tengan menos enfermedades que los hombres, sin embargo, las que padecen influyen también en su

leche hasta comunicarle alguna vez calidades casi venenosas, como se experimentó en la epidemia vacuna, que refiere Boheraave Demás, de que la diferencia de pastos produce en su leche varias alteraciones tan freeuentes como notables; pues muchas plantas que apetecen y comen hacen variar su leche de color, sabor, consistencia y naturaleza. De donde se infiere cuán ligeramente han sentado aquellos autores la constante uniformidad de la leche de brutos; siendo así, que los enfermos que solo se alimentan de leche de vacas o de cabras, atestiguan, que los más días le encuentran alguna diferencia por muchas precauciones que tomen, para que la vaca o la cabra lleve una vida ígual, y paste las mismas hierbas. Por último, aún cuando todas las mujeres dejasen de criar a los niños, como dichos autores desean, no por eso lograrían desterrar los males hereditarios, si no consiguiesen al mismo tiempo que las bestias, y no las mujeres, concibiesen a las criaturas; pues nadie duda que los males de familia se propagan más por la generación que por la leche. Así vemos que en los paises donde está más recibido el uso de no dar a los niños otra leche que de animales, ni son menos comunes aquellas enfermedades, ni se perpetúa menos su contagio en las familias.

14 Añádense a todo esto las diferencias esenciales que hay entre la leche de animales y la de mujer. Primeramente la leche de burra, de vaca, de cabra y de oveja, de las cuales regularmente se echa mano para criar a los niños, contienen todas mucho ácido a proporción de la de mujer (1). El suero de leche de vacas acabado de hacer vuelve ya colorado al zumo de girasol; al paso que la leche de mujer al cabo de cuarenta y tres días de ordeñada la halló Mr. Navier tan dulce como la de vacas reciente (2). Cualquier agrio vegetable mezclado con leche de animales rumiadores la coagula, lo que no acaece a la de mujer. Es, pues, preciso, que todas aquellas especies de leche, sean en comparación de ésta menos conducentes para los niños, por estar más dispuestas a aumentar la acrimonía ácida que naturalmente los domina, y a formar en su estómago coágulos que no puedan disolver; sin contar aun con que la leche de vacas, según ha observado Mr. Des-Essarts, engendra lombrices en los mismos novillos (3).

15 En segundo lugar, la gravedad específica de la leche de los animales referidos es diferente, no solo de la de mujer, sino

(1) Homberg. *Memoir de l'Academ, Roy. des Scienc. de Paris*, an. 1712, pág. 269.
(2) *Observat. theoriq. & practiq. sur l'amolissement des* os pag. 52, 53.
(3) Haller *Element. Physiolog.* tom. 7, lib. 28, sect. 1. §. 23, not. n.

también entre sí (1), igualmente que la proporción de sus principios constitutivos (2); y aun en una misma especie de brutos hace variar esta proporción la diversidad de climas, de estaciones, de pastos y de castas. Las vacas de los paises septentrionales tienen la leche más serosa que las de España, y menos mantecosa que la de los Alpes. En la leche de vacas de la Isla de Garnesey la mitad es manteca, cuando en otros parages apenas lo es la duodécima parte (3). De veinte y ocho onzas de leche de ovejas sacó Mr. Gourraigne quince dragmas de nata y catorce de manteca, siendo así, que treinta y dos onzas de la misma leche solo han dado a otros la misma manteca y una dragma más de nata, cuya diferencia atribuye Gourraigne (4) a la distinta naturaleza de los pastos de Montpeller. En los meses de mayo y junio suele ser la leche de vacas más mantecosa que en lo restante del año. Observó ya Galeno, que en la primavera la leche de los brutos es líquida y abundante, en medio del verano tiene una consistencia media, y de allí en adelante se vá espesando más hasta que se agota (5). En el valle de Corneja, en Castilla la Vieja, hay una casta de vacas cuya leche en los meses de agosto y septiembre se convierte toda en manteca, sólo con que dé un hervor luego que se acaba de ordeñar. Todas estas variedades hacen la leche más o menos buena y más o menos difícil de digerir. La averiguación de ellas excede los conocimientos del pueblo, el que sin examen alguno echa mano de la que más abunda en su pais, porque es la más barata; con que a vista de tanta heterogenidad, si todos los niños se criasen con leche de animales, pocos la conseguirían proporcionada a su naturaleza, y por consiguiente, más presto por este medio menguaría la población, que no se multiplicaría la especie humana.

16 La experiencia acredita lo que decimos. En Siberia es tan común criar a los niños con leche de vacas, como no vivir más que tres o cuatro hijos de diez y seis o diez y ocho que procrearon sus padres. Y aunque dice Mr. Chappe (6), que las viruelas matan ca-

(1) Véanse Muschembroek *Introductio ad Philosophiam naturalem*, tom. 2, pag. 26. *Tabula gravitatum specificarum.* Spielman *De optimo pueri nuper nati alimento*, pág. 24.

(2) Spielman Obra citada pag. 25 y siguient. Hoffman *Dissert de saluberrima seri lactis virtute*, §. 18, 19. *De mirabili lactis asinini in medendo usu.* §. 9, Gorraigne. *De natura lactis. Lewis Conneissance practique des medicamens*, tom. 1, pág. 325.

(3) Young. *Dissertatio de lacte* pág. 11, 12.

(4) *De natura lactis.*

(5) Vere autem (lac) ut liquidíssimum, ita etiam copiosíssimum; æstate veró mediá ipsum etiam in medio suæ naturæ consistit; post id autem tempus sensim jam crassescit, quoad pœnitus deficiat. *De alimentor facultatibus*, lib. 3, cap. 15.

(6) *Voyage en Siberie*, tom. 1, pág. 66.

si la mitad, es todavía desproporcionado el número de los muertos respecto de los nacidos, y quizás las mismas viruelas serían menos funestas, si los niños se criasen más sanos con la leche de sus madres. Lo cierto es, que en la Vestro-Botnia, donde no se dá a los niños otra leche que de vacas, no obstante de ser las mujeres de aquel pais tan fecundas, que paren casi todos los años, no tienen, según observó Linneo en su viaje a Laponia (1), más hijos que las de otras tierras que paren muchos menos, pero los crian con su propia leche: prueba convincente de que por alimentar a sus hijos con leche de vacas, pierden muchos más que si los criasen a sus pechos, y así a pesar de su fecundidad no crece la población.

Se nos dirá acaso, que a lo menos en aquellos paises, los niños que viven se crían más robustos que nosotros. ¿Pero deben esta ventaja a la leche de brutos? Si a nosotros desde que nacemos se nos acostumbrase como a ellos, al aire, al sol, al frío y a todas las variaciones de la atmósfera, si no se nos oprimiese con envolturas, fajas, cotillas, etc., quizás los excederíamos en fuerzas y robustez; pero ahora con mejor alimento nos criamos más débiles; porque le digerimos mal, y nos nutrimos peor. En Canadá y Senegal, donde los niños se crían con entera libertad, no se alimentan todos el primer año con otra leche que la de sus madres y exceden en vigor a los Europeos (2). La buena leche es una parte muy esencial de la crianza de los niños; más sola no basta para fortalecerlos, si las demás no conspiran al mismo fin.

17 Una vez probado que la leche de la propia madre es por todos motivos superior a la de cualquier especie de animales, solo en el caso de no poder o no querer las madres dar el pecho a sus hijos, cabe la duda de si sería mejor criarlos con leche de brutos que de mujeres mercenarias. Si todas las nodrizas se escogiesen con las precauciones necesarias; si igualmente se celase su conducta; si no tuviesen otro cargo que dar de mamar al niño, cuidando de las demás partes de la crianza las mismas madres, o una aya de mucha razón y experiencia, desde luego preferiríamos la leche de ama a la de todos los animales; pero porque sabemos cuán dificultoso es hallar una nutriz cabal; cuán poco cuidado se pone en su elección, y cuán ciegamente se les confía todo el cargo de la crianza de los niños, anteponemos sin el menor reparo en éste caso la leche de brutos a la de semejantes nodrizas.

(1) *Amœnitat. academ.* tom. 3, dissert. 42, pág. 269.
(2) Lorry *Essay sur les aliments*, tom. 2, pág. 87.

18 Aunque la leche humana sea más análoga a las criaturas nadie negará que vale más darles buena leche de bestias que mala de mujer. Cotéjense ahora los vicios y alteraciones que acabamos de referir de la leche de brutos, con las calidades que expresamos en el Capítulo III, de la leche de las amas en general, y se verá, que aquella le lleva a esta muchas ventajas. En comparación del desorden con que viven la mayor parte de nutrices, es la vida de los brutos infinitamente más uniforme y tranquila, y aun cuando no lo fuese, sería más fácil domar a estos que refrenar aquellas. Las pasiones, que en las bestias son pocas, y las alteran pocas veces, en una mujer grosera y sin educación son sin número y sin freno. Entre las varias enfermedades que pueden las amas comunicar a los niños, la más contagiosa y que inficiona más el género humano, es tan común en aquellas, como desconocida en los irracionales: luego, ya sea por razón de las calidades de la leche, ya por las alteraciones y vicios morbosos que puede padecer, tiene muchos más riesgos hacer criar los niños por tales amas, que alimentarlos con leche de animales administrada con discreción.

19 Pero más que todo monta el evitar los fatales estragos que hacen en los niños la ignorancia, la desidia, la imprudencia y la crueldad de las nodrizas. Si las madres se encargasen de criar ellas mismas a sus hijos con leche de animales, solo faltarían a una parte de su obligación: cometerían, sí, la falta de negarle la leche de sus pechos, que no es falta leve; más no los abandonaría su amorosa solicitud, que es la que no se puede suplir. No serían madres cabales; pero serían tiernas y vigílantes ayas que los libertarían de tantas miserias como los afligen en poder de una ama venal. Antíphanes refiere (1), que los Scytas, para preservar a sus hijos de las calamidades de los Griegos criados por mujeres, los alimentaban desde que nacían con leche de animales; pero es de advertir, que éste autor vivía en tiempo de Alejandro Magno, quinientos años después de haberse introducido en Grecia el abuso de poner los niños en ama; por lo cual no es extraño que en su tiempo, atribuyendo los Scytas indistintamente a la leche de mujer las miserias de los Griegos criados por nutrices mercenarias, negasen a sus hijos hasta la leche de sus madres, para preservarlos de la misma infelicidad. Es cierto, que en este particular se equivocaban los Scytas; pero también lo es, que se criaban más

(1) Athæneus *Deipnosophistar,* lib. 6, pág. 168, ex versione Dalechamp, in fol, Lugd, 1583.

sanos y robustos que los Griegos; y esto basta para probar, que es más provechosa a los niños la leche de brutos dirigida y administrada por la madre, que la leche de mujer bajo del gobierno de una ama.

20 No eran solos los Scytas los que mantenían a sus hijos con leche de animales; los antiguos moradores de las Islas Canarias los hacían criar todos por cabras (1); y hoy día apenas hay provincia en Europa, donde no sea conocido este uso. En Rusia, en Dinamarca, en Inglaterra, Escocia, Irlanda, en Hungría, en Alemania, particularmente en Suevia y Franconia, en los Cantones, en Flandes, en Holanda, hay muchas y numerosas familias que no han mamado otra leche que de vacas o de cabras. En Montreuil, dice Mr. Raulin (2), que es casi general esta costumbre en ricos y pobres, porque ven que así crían más sanos y robustos a sus hijos que poniéndolos en ama. Mr. Cassini de Thury en su viaje de Alemania ha observado igualmente, que los niños criados por nodrizas asalariadas eran menos vigorosos que aquellos cuyas madres los habían mantenido con leche de animales (3). Mr. Buffon ha conocido algunas gentes del campo criadas solo con leche de ovejas, que no cedían en robustez a las demás (4); siendo así, que ésta leche es la que menos conviene a las criaturas. Pero más que todo lo dicho prueba el feliz suceso de un arrendador del cabildo de San Pedro de Bovés, llamado Elías Menard, quien hizo criar por una vaca trece hijos que tuvo, y en el año de 1746 vivían aún once, el mayor de edad de cincuenta y dos años y el menor de treinta y tres (5). ¿Cuántos menos hubieran llegado a esta edad, si los hubiese hecho criar por amas? En esta misma Corte sabemos de una madre, que aburrida de mudar nodrizas, todas a cual peor, y afligida del triste estado de su hijo, se resolvió a hacerle mamar de una cabra con tan buen éxito, que a pocos días vió mejorada la salud del niño, y logró criarle con felicidad.

21 Todos estos hechos convencen, no solo la posibilidad de mantener a los niños sin leche de mujer; sino cuanto más venta-

(1) *Histoire generale des Vayages,* tom. 1, pág. 9.

(2) *De la conservat des enfans,* tom. 1, pág. 304.

(3) La misma observación habrán hecho sin duda los Suizos del Cantón de Schwits; pues sé por un caballero fidedigno natural del pais, que en aquel Cantón, aunque hay muchos niños que no han mamado leche de sus madres, no se halla uno criado por amas; tanto, que se tendría por acción baja y ruin el que una madre confiase la crianza de sus hijos a una nodriza mercenaria; y así las madres que no los crían, cuidan a lo menos ellas mismas de alimentarlos con leche de vacas o con papillas.

(4) *Histoire naturelle,* tom. 2, pág. 463.

(5) *Année litteraire,* 1764. tom. 1.

joso es criarlos con leche de irracionales, que abandonarlos a una ama sin razón. Por consiguiente, siempre que las madres que no criaren a sus hijos, no tengan todas las proporciones para lograr una nodriza de entera satisfacción, que rara vez se consigue, harán un gran beneficio a sus hijos y a la Patria, si los mantienen con leche escogida de brutos, cuidando ellas mismas, así de la administración de ésta, como de las demás partes de la crianza.

22 Pero aun cuando faltase ese arbitrio, creemos que sería menos malo sustentar a los niños con papillas, que con la leche de la mayor parte de mujeres que se reciben por amas. Es innegable, que para las criaturas no hay alimento que equivalga enteramente a la leche: el más blando, el más digestible necesita de mucha cocción y preparación en nuestro cuerpo antes que llegue a adquirir la naturaleza del jugo lácteo. Pero aquí no se trata de reprobar la leche indistintamente, la cuestión solo está en decidir si en la precisión de tener que escoger entre una mala ama y una buena papilla, sería menos nocivo alimentar con ésta a los niños, que hacerlos criar por aquella. No ignoramos que el uso de la papilla los expone a padecer indigestiones, obstrucciones y otras varias enfermedades que provienen de estos principios, como vimos en el Capítulo IV. Sabemos que en los niños que comen son tan frecuentes las lombrices, como raras en los que sólo maman; pero sabemos también, que son muy pocas las amas que desde los primeros meses no den de comer a los niños; por cuyo motivo corren estos en su poder más riesgo que nunca de contraer aquellas dolencias, así por la mezcla de la papilla con la leche, como por la indiscreción con que las nodrizas los llenan de uno y otro alimento, y la mala calidad de la papilla, que ordinariamente les dan.

23 Si las madres tomasen a su cargo el criar a sus hijos con papilla, no es creíble que deseasen tampoco el acierto en una cosa que tanto les importa, que ni siquiera se aconsejasen con alguna persona inteligente, que las dirigiese en el modo de administrarla, y de esta suerte, no dudamos que sus hijos se criarían más sanos, que con la mala leche y el descuido de las nodrizas. Y dado que adoleciesen de algún mal por razón del alimento, serían las madres tanto más solícitas en buscarles el remedio, cuanto más interesan en su salud; muy al contrario de las amas, que ocultan cuanto pueden estas dolencias de las criaturas por no descubrir la indiscreción con que las alimentaron. Ultimamente los niños criados por sus madres, aunque fuese con papillas, lograrían la in-

comparable fortuna de verse cuidados con solicitud y cariño, en lugar del desapego y crueldad con que las amas suelen tratarlos.

24 Falta solo ver si la experiencia concuerda con el raciocinio, esto es, si se ha hecho la prueba de criar niños solo con papillas, y si han surtido efecto los experimentos. En varios parages de Alemania, de Suiza (1), de Inglaterra y de Francia está muy recibido el uso de no dar otro alimento a las criaturas que su papilla de cuatro en cuatro horas, y en el intermedio la bebida correspondiente (2). En Baviera y parte de Alsacia es casi general esta costumbre; y una dama Bávara crió felizmente de éste modo diez y siete hijos suyos (3). Helmoncio crió igualmente con su famosa papilla varios niños, y entre ellos un hijo de un Conde que se aventajaba en gallardía, salud y robustez a todos sus hermanos (4).

JAIME BONELLS
Médico de Cámara de los Duques de Alba.

(Concluirá.)

ORO VIEJO

La educación de las niñas

(Conclusión)

La poesía y la música podrían ser muy útiles para excitar en el alma vivos y sublimes sentimientos de virtud, si se les podara de todo lo que no aspira a su verdadero objeto. ¡Cuántas obras poéticas de las Escrituras poseemos que, según todas las apariencias, cantaban los hebreos! Los cánticos han sido los primeros monumentos que, después de la Escritura, han conservado más claramente, entre los hombres, la tradición de las cesas divinas.

(1) Don Luis de Reding, Coronel que fué del Regimiento de su apellido y D. Balthasar Gangguiner, Teniente Coronel del Regimiento de Ehrler no probaron desde el punto que nacieron ninguna especie de leche, y ambos fueron de complexión muy robusta, y llegaron a una edad tan avanzada, que el segundo murió de pura vejez.

(2) Raulin *De la conservat. des enfans*, tom. 2, pág. 349.

(3) *Infantis nutritio ad vitam longevam*, pág. 478.

(4) *Collection Academiq.* tom. 1, partie etrangere, pág. 285.

Ya hemos visto la importancia que la música ha tenido en los pueblos paganos para elevar a los espíritus sobre los sentimientos vulgares. La Iglesia ha considerado como el mejor consuelo de sus hijos los cantos de alabanza a Dios. No se puede, por consiguiente, abandonar este arte que el mismo Dios ha consagrado. Una música y una poesía cristianas serían el mejor recurso para desviar del gusto de los placeres profanos; pero con los falsos prejuicios en que se mueve nuestra nación, el gusto por estas artes resulta peligroso. Es preciso, pues, apresurarse a hacer comprender a una muchacha que sea sensible a estas impresiones cuántos encantos puede encontrarse en la música, sin salirse de los motivos piadosos. Si tiene voz e inteligencia para las bellezas musicales, no debéis pensar que las ignore siempre; la prohibición exaltaría su pasión; más vale encauzar debidamente este torrente, que no pensar en detenerlo.

La pintura se torna entre nosotros con más facilidad al bien; en primer lugar, tiene un privilegio para las mujeres, y es que no pueden realizar sus labores sin ella. Claro que podrían dedicarse a trabajos sencillos que no exigieran ningún arte; pero en el dibujo, que creo debe ocupar al mismo tiempo la atención y las manos de las mujeres de condición, desearía que realizaran labores en las que el arte y el ingenio amenizasen su trabajo con algún placer. Y estas labores no pueden ser bellas verdaderamente si no están guiadas por las reglas del dibujo. De ahí procede que casi todo lo que vemos en telas, encajes y bordados, sea de tan mal gusto; todo es confuso, sin dibujo y sin proporción. Con tal que las cosas cuesten mucho dinero a los que las compran, y mucho trabajo a los que las hacen, ya pasan por obras bellas; su brillo deslumbra a los que las ven de lejos o a los que no las entienden. Las mujeres han establecido con ésto leyes a su modo: el que quiera opinar en contra, pasaría por visionario. Ellas podrían, sin embargo, desengañarse consultando la pintura y poniéndose con ello en condiciones de realizar, con un gasto módico y con placer, labores de noble variedad y belleza, que estarían por encima de los caprichos de la moda.

Deben, igualmente, temer y despreciar a la ociosidad. Que recuerden que los primeros cristianos, cualquiera que fuese la clase social a que perteneciesen, trabajaban, no para divertirse, sino para hacer del trabajo una ocupación seria, contínua y útil. El orden natural, la penitencia impuesta al primer hombre, y con él a toda su posteridad; aquella de la cual el hombre nuevo, que es

Jesucristo, nos ha dejado tan elevado ejemplo; todo nos induce a una vida laboriosa, cada uno a su manera.

Para la educación de una niña debe tenerse presente su condición, los lugares en que debe pasar su vida, y la profesión que abrazará, según las apariencias. Tened cuidado de que no conciba esperanzas que estén por encima de su fortuna y de su condición. Muchas personas hay a quienes cuesta caro haber tenido demasiadas ilusiones; lo que quizás hubiera constituído la felicidad, se vuelve desagradable cuando se aspira a un estado más elevado. Si una niña, debe vivir en el campo, conducid desde el primer momento sus inclinaciones a las ocupaciones que deberá tener, y no dejarla que se aficione a las diversiones de la ciudad; que aprecie los placeres de una vida sencilla y activa. Si es de una condición media, haced que no se trate con gentes de la corte: ésto sólo serviría para que adquiriese un aire ridículo y fuera de lugar; encerradla en los límites de su condición, y dadla como modelo a las personas que así lo merezcan; formad su espíritu para las cosas que deba realizar durante su vida; que aprenda la economía de una casa burguesa, los cuidados de los productos del campo, de las rentas y de las cosas que son los productos de la ciudad; lo que concierne a la educación de sus hijos y, por último, el detalle de otras ocupaciones o comercios en los cuales preveáis que pueda entrar cuando se case. Si, por el contrario, se inclinase a ser religiosa, sin que en ello see influída por los padres, encaminad desde este momento toda su educación hacia el estado a que aspira; haced que verifique pruebas serias sobre las fuerzas de su espíritu y de su cuerpo sin esperar el noviciado, que viene a ser una especie de compromiso ante el honor del mundo; acostumbradla al silencio, que se ejercite en la obediencia, aun en las cosas que contraríen su carácter y sus costumbres; ensayad poco a poco si es capaz de resistir a la regla que quiere seguir; tratad de acostumbrarla a una vida ruda, sobria y laboriosa; enseñadle al detalle la felicidad que supone prescindir de la vanidad y la molicie, y hasta de los beneficios del siglo, sin estar aún dentro del claustro; en una palabra: que practique la pobreza, que sienta la felicidad que Jesucristo nos ha revelado. No olvidéis, por último, borrar en su corazón el gusto por toda vanidad del mundo para cuando lo abandone. Sin incurrir en experiencias demasiado peligrosas, descubridle las espinas que se ocultan en los falsos placeres que el mundo proporciona; que vean gentes que son desgraciadas en medio de los placeres.

FENELÓN.

Para niños mayores

Libro-joya

La materia que emplea el pintor o el escultor, es pobre en comparación con las palabras. Las palabras no solamente tienen una música tan dulce como la de la viola y el laúd, un color tan rico y vital como los que nos hacen tan adorables los lienzos de los Venecianos o de los Españoles y una forma plástica tan cierta y segura como la que se revela en el mármol o en el bronce, sino que además poseen realmente ellas solas el pensamiento, la pasión y la espiritualidad. Si los griegos no hubieran hecho más que la crítica del lenguaje, no por eso dejarán de ser los grandes críticos de arte del mundo.

Oscar Wilde

* * *

¿Habéis meditado sobre la egregia austeridad de la literatura?

El arte musical descenderá desde sus más encumbradas posiciones a lo más plebeyo y se difundirá haciéndose popular, callejero, vulgar si se quiere, en charangas y organillos...

Lo mismo sucederá con la pintura, con la escultura, con la ornamentación, en los cromos, en las bisuterías, en las edificaciones mediocres, en los cacharros...

No así la literatura: la mala literatura desaparece pronto, volviendo a la nada en los montones de papel para envolver o para ser hecho pasta nuevamente... Y la buena literatura queda retirada, alejada, en la vida austera de su nobiliario encumbramiento... Se predica la vulgarización de los buenos libros; pero no se consigue a pesar de que se intenta con populares ediciones. Los buenos libros, aunque se editen en papel de estraza, son siempre aristocráticos.

La pintura, la escultura—la misma música—son ostentosas, llamativas. ¿Pero habéis meditado sobre la austeridad de esa joya discreta, de aspecto insignificante, que se llama un buen libro? Es un tesoro, y por caro que os lo cobren, lo comprareis por casi nada, en relación a su valor. Es una joya, que por sí sola, sin exhibición, sin dificultad, sin salones, sin orquestas, brillará en donde quiera con su exclusivo resplandor... Es una joya que lo mismo

en la noche, que en la soledad, que en la prisión, brillará deslumbradora. ¡Y es una joya tan mágica que—como aquella de Aladino—a su contacto se alumbrara la noche y en toda soledad nos traerá compañía y en toda prisión nos hará libres!

* * *

Si teneis un espíritu afinado y culto, mirareis a través de los vidrios de un estante de libros selectos como se suele mirar a través de los vidrios de una vitrina que guarda ricas joyas... Leyendo los títulos, deslumbrará vuestra imaginación la divina pedrería que encierran aquellos volúmenes... ¡Qué profunda atracción la del escaparate de una librería que os llama con las frescas tintas de algunas obras nuevas! ¿Qué encerrarán aquellos estuches de artífices nuevos o desconocidos? ¿O qué novedad nos presentará aquel famoso y ya conocido artífice de la palabra, de la emoción y del pensamiento ¿Cuando comprais aquel nuevo libro y lo llevais en vuestra mano, ¿no es produce su tacto una exquisita voluptuosidad? ¿No os parece que acariciais carne de ideas y de bellas palabras? ¿No sentís una viva necesidad de recogimiento, de retiro sagrado, para gozar de aquel tesoro que llevais en vuestras manos oprimiéndolo dulcemente? ¿No es como un rapto amoroso ese alejarse con apasionada ilusión a un nido, llevándoos la prenda codiciada, ese libro virgen, cuya carne y cuyo espíritu vais a poseer y a penetrar?...

Disponernos a abrir un nuevo libro que nos interesa, es como disponernos a descorrer un velo en los espacios... ¡Qué recóndito y fino placer en el tacto de aquellas hojas de un libro por primera vez abierto!...

* * *

Hemos salido a pasear al campo y llevamos con nosotros un buen libro. ¿Vamos a pasear? ¡No! Salimos a ver las montañas, a gozar de los árboles, a contemplar las flores, a ver correr las aguas cristalinas... Si en este paseo nos acompañase un estimado amigo, no hablaríamos con él constantemente: quizás iríamos en silencio y cambiaríamos una palabra, de vez en cuando... Pero conocemos a nuestro amigo, sabemos cómo piensa, cómo siente... y nuestros espíritus sostienen un diálogo en silencio, ante el espejo de un manantial, ante un árbol centenario, ante una roca milenaria, ante una nube que vuela por los cielos, ante un águila que cruza los espacios...

Pues este libro también es nuestro amigo, un silencioso discreto amigo que, cuando le interroguemos, nos hablará amablemente y que, cuando no le hablemos, irá a nuestro lado sosteniendo su espíritu y el nuestro un diálogo sutil y silencioso ante la vista de las cosas.,.

No hemos salido a leer, pero aunque no leamos, sentimos la grata compañía de este libro cuyo tacto entibia nuestra mano con un dulce calor de amistad.

¿Qué haremos de nuestras hijas?

Un periódico norteamericano abrió un concurso entre sus abonados sobre este tema, y acordó conceder el premio a la contestación siguiente:

Dadles una buena instrucción elemental.

Enseñadles a preparar una comida conveniente, a lavar, a planchar, remendar medias, poner botones, cortar una camisa y hacer todos sus vestidos.

Decidles que para ahorrar es necesario gastar menos, pues se tiene la miseria en perspectiva cuando se gasta más de lo que importan las rentas.

Enseñadles que un vestido de algodón, pagado, vale más que uno de seda no concluído de pagar. Que sepan desde niñas comprar y hacer la cuenta de sus gastos.

Repetidles que un honrado obrero con delantal y en mangas de camisa, es cien veces más estimable, aun cuando no tuviera un centavo, que una docena de jóvenes elegantes, vanidosos, que ocultan su corrupción moral bajo apariencias amables.

Enseñadles a cultivar el jardín y las flores. Después de eso, hacedles aprender el piano o la pintura, si teneis los medios de hacerlo; pero sabed que estas artes son secundarias y ocupan poco lugar en la existencia, tratándose de hacer ésta feliz.

Que aprendan, sobre todo, a despreciar las vanas apariencias, y que cuando digan sí, sea así ciertamente, y nó, cuando dicen que nó.

Cuando llegue el momento de casarse, inculcadles que la dicha del matrimonio no procederá de la fortuna o de la posición que tenga el esposo, sino de las prendas y del carácter de éste.

* * *

Simpatizo con todo lo que sea un cuerdo y sano feminismo y, por eso, muy propia de este volumen, recojo esta página, cuyo espíritu es tan moderno como clásico.

Escepticismo

Tenemos una inclinación malsana: hace nuestras delicias el chiste mordaz, la ironía mortificante. Nos divierte el ameno escepticismo y le llamamos humorismo. Abunda un escepticismo falso, teatral, efectista; pero es raro el verdadero escepticismo: el de la melancólica decepción ante el análisis... el desalentado en su persecución de la verdad, viendo que ella se burla y juega con nosotros...

El falso escéptico, el humorista, nos hará reir y nos divertirá... Pero no así el verdadero escéptico que, a lo sumo, puede hacernos sonreir amargamente...

El escéptico no es un incrédulo ni un negador que no vé... Al contrario: a fuerza de mirar, llega a ver que no puede ver...

La mirada del escéptico vé el vacío en el vacío... ¡más no se puede ver!

El escéptico es un sabio que no ha planteado una sola fórmula que no le dé por resultado cero.

El escepticismo es una ciencia triste.

Cátedras de política

Se ha pervertido de tal modo la política, la administración pública, que se impone una rehabilitación noble y enérgica de ésto, que es lo más vital de la existencia de los humanos.

No puede vivir el humano sino socialmente, y no se puede vivir socialmente sin organización política, sin administración pública.

Por esta razón, hay que velver por la política sana, honrada, beneficiosa a los intereses comunes.

Hace falta, para esta regeneración de la política, crear en todas las escuelas «Cátcdras de política».

Y en estas cátedras hay que enseñar a hombres y mujeres, desde niños, lo que es la verdadera política: el honrado gobierno de los pueblos y su más honrada administración.

Hay que explicar en esas cátedras, sencilla y claramente, lo que, por desgracia, ha venido a ser la política, desmoralizándose, y lo que es necesario que sea, regenerándose.

Hay que formar en esas cátedras verdaderos ciudadanos que sepan sus derechos y sus deberes; que sepan lo que significa el sufraglo; que conozcan el por qué de los impuestos y para qué, entendiendo de la inversión de los fondos públicos y de la necesi-

dad e importancia de los servicios públicos a todos beneficiosos.

Hay que enseñar a esos futuros ciudadanos lo verdaderamente noble y elevado de la administración pública, cuando cumple su misión de velar honradamente por los intereses morales y materiales de todos.

La honrada administración pública es la única administración que puede defender unos intereses sin atacar a otros; la honrada administración pública puede salvar todos los intereses, por encontrados que sean; la honrada administración pública es el recto camino de sueños humanos realizables: orden, respeto, equidad, cultura... Ciudades bellas e higiénicas, seguridad y custodia por escogidas guardias cívicos; caminos cuidados; abaratamiento y facilidad de la vida; enseñanza y estudios en su más alto grado; garantías para los débiles: desocupación, orfandad, pobreza... y, finalmente, y culminando, asistencia médica, sanatorios, casas de amparo, casas de maternidad, casas de refugio...

Hay que enseñar a los niños, hombres y mujeres, que las contribuciones e impuestos tienen por única finalidad la realización de ese bello sueño de bienestar humano, pero que no seré alcanzada esa realización mientras todos no seamos buenos y honrados políticos que nos ocupemos con generosidad y entusiasmo del bien de los demás, del bien de todos, que ha de ser nuestro propio bien.

V. Medina

VARIA

E. P. D.

Ha fallecido la señora madre del muy distinguido y culto señor D. Mariano Soria, especialista de enfermedades de ojos y catedrático de la misma asignatura de esta Facultad de Medicina.

Reciba el Sr. Soria la sincera expresión de condolencia por la inconsolable pérdida que sufre.

Cádiz: 1924.—Imprenta de M. Alvarez.—Feduchy, 20.—Tel. 97.